

La “piedad” y los negros en un cuento de José Martí

Jorge Camacho

Profesor

Cubano. Residente en Estados Unidos

En 1889, cuando José Martí inicia la publicación de *La Edad de Oro*, se plantea inculcarles a los niños valores éticos y morales. Para ello crea varios personajes ficticios que encarnan estos sentimientos. Los más conocidos son Pilar en “Los zapaticos de rosa” y Piedad en “La muñeca negra”. En ambos, Martí proyecta imágenes y patrones de comportamiento social que los padres debían enseñarles a los pequeños. En ambos, las niñas son blancas y sus padres gozan de una buena posición económica, pero se solidarizan abiertamente con alguien que no tiene su estatus social o no es de su misma raza.

En el cuento “La muñeca negra,” Martí recrea esta situación a través de palabras y acciones que expresan sentimientos de pertenencia, amor a lo propio y rechazo de lo ajeno. Piedad acostumbraba a jugar con una muñeca negra, que por el uso constante que le daba, ya se veía bastante estropeada. Por su cumpleaños, Piedad recibe de sus padres un hermoso regalo: una muñeca de porcelana cuya función era reemplazar la otra. Piedad, sin embargo, rechaza el regalo y prefiere quedarse con la suya. Sus palabras al final del cuento explican perfectamente su elección y resumen la moraleja de la historia: “¡Te quiero, porque no te quieren!”.¹

La crítica ha señalado con razón en este cuento el anti-racismo de Martí,² pero sería más propio decir que lo que muestra es su “caridad”, “deber” o “piedad” por los negros y, en último caso, su disposición de aceptar aquellos que otros rechazan. La protagonista del cuento, Piedad, prefiere quedarse con la muñeca negra y vieja no tanto porque ésta es la que le gusta, sino porque es la que nadie quiere. Esta forma de actuar de Pilar es muy posible que respondiera a su forma de ser y está anclada no en el deseo, sino en el sacrificio o en la creencia de que debían quererse aquellas personas que nadie quería. En este sentido, vale recordar un testimonio de María Mantilla sobre el tipo de mujer que Martí solía sacar a bailar cuando iban juntos a las fiestas en Nueva York durante el tiempo en que Martí vivió allí exiliado:

“Cuando se daba alguna reunión, en que se citaban las familias cubanas para celebrar algún santo o alguna otra ocasión, había música y un poco de baile, y Martí siempre sacaba a bailar a las señoras o señoritas menos atractiva y luego yo le preguntaba, Martí, ¿por qué es que siempre usted saca a bailar a las más feas? Y él me decía: “Hija mía, a las feas nadie les hace caso, y es deber de uno no dejarles sentir su fealdad.”³

Esto nos dice que el deseo y el deber en Martí van por caminos distintos. Y no es extraño, por tanto, que en el cuento “la muñeca negra” aparezca esta misma lógica. Piedad, una niña de ocho años, no escoge quedarse con su antigua muñeca negra porque ésta sea hermosa o le guste más que la otra nueva, sino porque era su deber “no dejarle sentir su fealdad”. Si el deseo responde a gustos y pasiones arraigados en el sujeto, el deber impone una raya, fija un curso que el hablante debe seguir. Más aún, la otra muñeca no le quiere hablar y Piedad sugiere que tiene gustos demasiado caros: “Vamos señora muñeca, vamos a pasear. Usted querrá coches, y lacayos y querrá dulces de castaña, señora muñeca”.⁴ La suya, sin embargo, no quiere nada, no es una “señora”, ni tiene que tratarla como tal. En ella, podría decirse, Martí proyecta la fealdad que ve en las mujeres de la fiesta, pero como Piedad no actúa según sus gustos, sino su deber, la escoge a ella.

El nombre de Piedad sería suficiente para indicarnos que su decisión final está regida por su eticidad. Especialmente, para un lector del siglo XIX, su nombre evocaría un fuerte sentimiento de religiosidad, que no estaba de seguro muy lejos de las exigencias del editor de la revista, el señor de Acosta Gómez, cuando entró en acuerdo con Martí para publicarla.

El diccionario de la RAE (1869) nos recuerda que Piedad es la “virtud que inspira por el amor a Dios tierna devoción a las cosas santas, y por el amor al prójimo actos de abnegación y compasión”.⁵ Por consiguiente, La Piedad es también el nombre que se le da a la representación de la Virgen Santísima sosteniendo el cadáver de Jesucristo después que fuera crucificado. Es la imagen que hizo famosa Michelangelo (1475-1564) en el Renacimiento y que se conoce como *La Pietà*,



La Muñeca Negra de José Martí

conjunto escultórico que hoy se encuentra en el Vaticano.

En el cuento no se dice si la familia de Piedad es religiosa, pero se insinúa que el padre tiene sobre su mesa una imagen de la virgen Santísima, ya que afirma esta era “como Piedad, una Piedad de vestido largo”.⁶ Si vemos la escultura de Michelangelo, la virgen está cubierta también por una capa y un “vestido largo”.

Incluso la misma imagen de la niña en el cuento está moldeada sobre el patrón de una madre virtuosa, que le indica a su hija —“la muñeca negra”— los códigos correctos de comportamiento social. Es la típica imagen de la “mamá” a la que juegan las niñas, que Martí utiliza para infundirle a los niños una idea de “nación” y cohesión social.⁷ Pero también implica un significado de herencia religiosa, que era común encontrar en las campañas abolicionistas en los Estados Unidos, en la literatura antiesclavista, “indigenista” y que formaba parte de la prédica de la organización “Amigos de los Indios” en los Estados Unidos, que le pedían a los blancos verlos como seres humanos, como hermano o como hijo, para hacerles cambiar su situación en las reservas.

El propio Martí escribió innumerables veces sobre la necesidad de tener piedad por los negros y este argumento fue también común en los escritos de los cubanos que se oponían a la trata negrera o rechazaban el trato tan injusto y violento a que eran sometidos en los ingenios. Martí, por ejemplo, pide en una de sus cartas a Gonzalo de Quesada que su niña rece para que “junte yo a los hombres en la paciencia y la piedad.”⁸ Y en una crónica en “La Liga” de New York, habla del “patriotismo piadoso, que es el único patriotismo”.⁹

¿Cómo entender entonces este cuento? Si lo tomamos como una especie de alegoría política, que explica a modo de parábola la relación de los blancos y los negros en Cuba, Martí estaría enfatizando la necesidad de aceptar, proteger y educar a los negros igual que lo hace una madre con sus hijos. Les estaría pidiendo a sus lectores “piedad” para ellos porque han sido víctimas como Jesucristo del desprecio de los demás. Piedad, fiel a su nombre, hace lo que los niños que leen esta historia debían hacer y el lector siente que esta decisión es la correcta. Su posición es la misma que la de las escritoras Harriet Beecher Stowe y Helen Hunt Jackson cuando reclamaron en los Estados Unidos un mejor trato para los negros y los indígenas.

No por gusto, Martí decía que Beecher Stowe al escribir la primera de estas novelas había abierto en los Estados Unidos los corazones “a piedad de los negros y nadie ayudó a liberarlos más que ella”.¹⁰ Además, se queja en 1890 que un orador del Sur de los Estados Unidos hablara “sin la piedad que la condición del negro impone”.¹¹ Estos mismos sentimientos son los que aparecen poco después en su poema XXX de *Versos sencillos* (1891). El lector no puede sino admirar al poeta / niño por sentir lo que el sintió cuando vio un negro “colgado a un ceibo de un monte”.¹² Y como

era de esperar, su actitud ante tal escena es sacrificarse, hacer como hizo Cristo, jurar “lavar con su vida el crimen”.¹³ Aclaro que la imagen del negro o del indio como niño es de una larga data en la literatura colonial. Aparece en la forma apelativa con el diminutivo tantas veces usado en Cuba de “negrito” y en el caso de los indígenas fue una forma común de tratarlos y legislar sus derechos, ya que se pensaba que no habían crecido lo suficiente para saber lo que querían.

En todo caso la imagen del blanco como una padre o una madre protectora es cuanto menos controversial, ya que si bien da la idea de “protección” indica que los blancos debían decidir por ellos (ser paternalistas), instruirlos en lo que era lo mejor y al hacerlo le robaban su capacidad de decisión con lo cual los mantenían en la misma posición de coloniaje que había causado su estado presente.

En el cuento la “muñeca negra”, Martí solamente desarrolla la alegoría “Piedad” / madre e hija / negra en el sentido de cómo debemos verlos y tratarlos. Pero indirectamente también está sugiriendo a qué cosas no debía aspirar esta muñeca porque él mismo las desaprobaba: aquello que la otra “señora muñeca” que le habían regalado sus padres seguramente quería: “Vamos señora muñeca, vamos a pasear. Usted querrá coches, y lacayos y querrá dulces de castaña, señora muñeca”.¹⁴ De modo que si nadie quiere a la muñeca negra, tampoco la muñeca negra quiere nada. Su condición de pobreza le impide que aspire a las cosas que aspira la otra. Por esto, Piedad la prefiere a ella.

¿Cuál sería entonces la posición de Martí ante aquellos negros que aun siendo discriminados, gozaban y aspiraban en la colonia a una mejor posición económica? Si nos guiamos por esta ecuación (“queremos a los negros porque nada tienen y nadie los quiere”),

tendríamos que dejar afuera esa clase media que fue ganando prominencia a principios del siglo XIX en Cuba y que Cirilo Villaverde retrató tan bien en su novela *Cecilia Valdés* (1882). En otras palabras, sería una “piedad” condicionada al estatus social y a las aspiraciones materiales de los negros. Podría argumentarse, como han hecho muchos marxistas, que la economía o la clase social baja es lo que provoca en primer lugar la discriminación y que por eso, se entiende que una vez que los negros tuvieran dinero o gozaran de los mismos beneficios materiales que los blancos ya no necesitarían a “Piedad”. Entonces serían tratados como los blancos o cualquiera que aspirara o que tuviera lo que las otras señoras muñecas deseaban: coches, lacayos y dulces de castaña. ¿Serían estos entonces los límites para la Piedad?

Notas:

- 1-Martí, José. *Obras completas* XVIII (La Habana: Ciencias Sociales, 1975): 484.
- 2-Se han escrito numerosos ensayos sobre este cuento y sobre los negros en Martí. Me limito a mencionar dos sobre “La muñeca negra:” “La composición en tres cuentos de *La Edad de Oro*,” *Revista de la Universidad de La Habana* 235 (Mayo-Agosto 1989): 119-130, and Klein, L. B. “Ficción y magisterio en la narrativa de José Martí: ‘la muñeca negra’” *Quaderni Ibero-Americani: Attualità Culturale della Penisola Iberica e America Latina* 47-48 (1975-76): 372-77.
- 4-*O. C.*, XVIII, 483.
- 5-*Diccionario de la lengua castellana por la Real Academia Española*. Madrid: Imprenta Don Manuel Rivadeneyra, 1869.
- 6-*O. C.*, XVIII, 482.
- 7-Swier, Patricia L. “The Maternal Bonds of Patriotism: Modernismo and the Nationalist Discourse of Desire” in José Martí’s “La muñeca negra,” *Confluencia* 24. 2. (2009): 49-60.
- 8-*O. C.*, IV, 60
- 9-*O. C.*, II, 176.
- 10-*O. C.*, X, 321.
- 11-*O. C.*, XIII, 399.
- 12-Martí, José. *Poesía completa* I (La Habana: Letras Cubanas, 1993): 267.
- 13-*Ibidem*.
- 14-*O. C.*, XVIII, 483.